



# PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLI.

MADRID, 22 DE JUNIO DE 1882.

NUM. 23.

## SUMARIO.

1. Manteleta de muselina blanca.—2 y 3. Canastilla en forma de concha.—4 á 6. Tres fichús lujosos.—7 y 8. Dos mangas de vestidos.—9 y 10. Dos tiras bordadas.—11 á 20. Sombreros de verano.—21. Corbata jockey.—22. Lazo veneciano.—23 y 24. Traje para señoritas.—25. Traje para niños de 2 á 4 años.—26. Vestido para niñas de 3 á 5 años.—27. Traje para niños de 8 á 10 años.—28. Traje para niñas de 7 á 9 años.—29. Vestido de velo doble.—30. Vestido de seda Pompadour y faya lisa.—31. Vestido de raso negro y gasa brochada negra.—32. Paletó para niñas de 4 á 6 años.—33. Paletó para niñas de 6 á 8 años.—34. Traje para niños de 5 á 7 años.—35 y 36. Vestido de satinete liso y satinete Pompadour.—37 y 38. Vestido de satinete de cuadritos.—39 y 40. Vestido de *surah* liso y *surah* de cuadros.

Explicacion de los grabados.  
— De la economía, por D.<sup>a</sup> Mariá de S.—Las Verbenas, por D. Juan Cervera Bachiller.—Dos Angeles, historia vulgar (continuacion), por D. Eusebio A. Escobar.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicacion del figurin iluminado.—Artículos de París recomendados.—Pequeña gaceta parisiense.—Suelto.—Salto de Caballo.

### Manteleta de muselina blanca. Núm. 1.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VIII, figs. 23 á 25 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

### Canastilla en forma de concha. Núms. 2 y 3.

Esta canastilla es de mimbre, de una forma nueva y muy linda. Por una parte, el borde va doblado y cubierto de una aplicacion de terciopelo bordada al pasado. El dibujo 3 representa este bordado de tamaño natural. Por la parte interior, la canastilla va forrada de raso plegado, sujeto en lo alto por una pasamanería. El asa va rodeada de un cordón grueso, que termina en varias borlas.

### Tres fichús lujosos. Núms. 4 á 6.

Núm. 4. Este fichú es de crespón y tiras bordadas. Lleva un cuello alto, del género llamado *oficial*, y va plegado por delante como indica el dibujo.

Núm. 5. De imitacion de punto de Venecia. Forma por delante como unas solapas, y va adornado con un lazo de cinta flotante.

Núm. 6. Este fichú es de gran novedad. Forma esclavina, y va adornado de un magnífico encaje.

Dos mangas de vestidos.—Núms. 7 y 8.

Véase la explicacion de estas mangas en el *recto* de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Dos tiras bordadas.—Núms. 9 y 10.

Para pantalones, enaguas, vestidos de niños, etc. Se las borda al pasado sobre nansuc ó lienzo fino.

### Sombreros de verano. Núms. 11 á 20.

Núm. 11. *Sombrero airoso*. Este sombrero se lleva un poco hácia atras. Es de paja gruesa ó paja inglesa, y va forrado de raso maravilloso del mismo color de la paja, y adornado con una guarnicion de tul y encaje color *ficelle*. En el lado izquierdo, un ramo de flores.

Núm. 12. *Sombrero elegante*. De paja lisa de un solo color ó de colores mezclados. Va forrado de terciopelo del color de la paja y guarnecido de un ramo de flores campestres.

Núm. 13. *Sombrero Nicense*. Se le hace de paja gruesa de un solo color ó de colores mezclados, y va guarnecido de tul ó de encaje *ficelle*. El lazo que forma el adorno va apuntado con varios alfileres de oro.

Núm. 14. *Sombrero Trouville*. Se le hace de junco, paja Manila ó paja gruesa, y va guarnecido de un lazo liso ó de cuadros escoceses.

Núm. 15. *Sombrero Violeta*. Es de paja gruesa de varios colores y va forrado de raso maravilloso y adornado con un lazo Renacimiento de cinta de los colores de la paja.

Núm. 16. *Sombrero para baños de mar*. Es de junco, con lazo de cinta escocesa.

Núm. 17. *Sombrero Fridolini*. Es de paja Manila. Se le lleva inclinado sobre la frente. Nuestro modelo va adornado con un galon como los de los sombreros de hombres, y en el lado izquierdo, con un ramo de flores.

Núm. 18. *Sombrero campana de jardinera*. Es de paja gruesa lisa ó de paja de Ita-



■.—Manteleta de muselina blanca. (Espñ. y pat., núm. VIII, figs. 23 á 25 de la Hoja-Suplemento al presente número.)





PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador



lia. Borde bullonado de terciopelo; lazo de terciopelo ó de cinta de varios colores.

Núm. 19. Sombrero Carlota. Sombrero de paja gruesa de colores, con forro de raso del color de la paja y guirnaldas de flores de adormideras.

Núm. 20. Sombrero primavera. Se le hace de paja gruesa de color, liso ó mezclado, y se le forra con un bias de terciopelo del mismo color. Ramo de flores en el lado izquierdo.

Corbata Jockey. Núm. 21.

Esta corbata, para señoras, es de raso de color y tiene la misma forma de las corbatas largas de caballeros.

Lazo veneciano. Núm. 22.

Este lazo es de muselina de la India, y va guarnecido de encaje *ficelle* y adornado de un ramo de flores, el cual puede reemplazarse con un lazo de cintas flotantes.

Traje para señoritas. — Núms. 23 y 24.

Este traje es de velo gris perla con adornos de terciopelo color de rubí. Falda con pliegues echados, adornada con diez hileras de respuntes encarnados en el borde inferior. *Paniers* respunteados del mismo modo. Corpiño en punta, con cuello de terciopelo rubí; manga casi larga, con carteras de terciopelo.

Traje para niños de 2 á 4 años. Núm. 25.

Para la explicacion y patrones, véase el número XI, figs. 40 á 48 de la Hoja-Suplemento al presente número.

Vestido para niñas de 3 á 5 años. Núm. 26.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

Traje para niños de 8 á 10 años. Núm. 27.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

Traje para niñas de 7 á 9 años. Núm. 28.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. II, figs. 10 á 16 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de velo doble. Núm. 29.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

Vestido de seda Pompadour y Taya lisa. Núm. 30.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

Vestido de raso negro y gasa brochada negra. Núm. 31.

Para la explicacion y patrones, véase el número IX, figs. 26 á 31 de la Hoja-Suplemento.

Paletó para niñas de 4 á 6 años. Núm. 32.

Para la explicacion y patrones, véase el número X, figs. 32 á 39 de la Hoja-Suplemento.

Paletó para niñas de 6 á 8 años. Núm. 33.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Traje para niños de 5 á 7 años. Núm. 34.

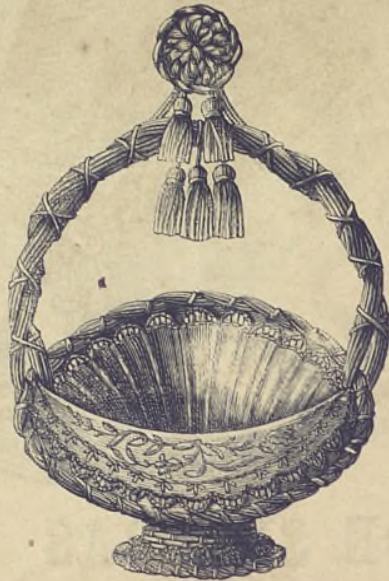
Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Vestido de satinete liso y satinete Pompadour.—Núms. 35 y 36.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.



1.—Fichú de crespon y tira bordada.



2.—Canastilla en forma de concha. (Véase el dibujo 3.)



5.—Fichú de imitacion de punto de Venecia.



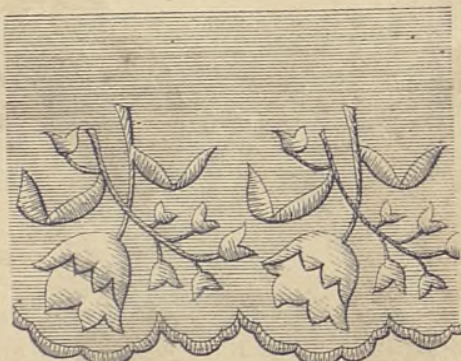
7.—Manga de vestido. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



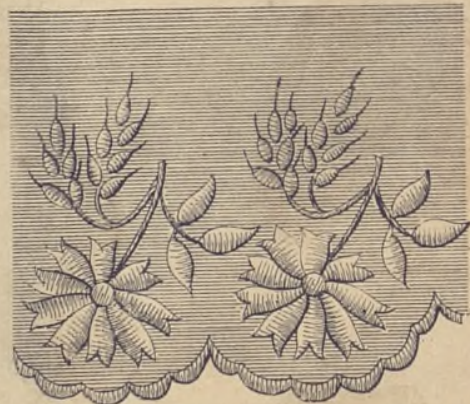
6.—Fichú esclavina.



8.—Manga de vestido. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



9.—Tira bordada.



10.—Tira bordada.



3.—Bordado de la canastilla. (Véase el dibujo 2.)

Vestido de batista de cuadros. Núms. 37 y 38.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 9 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de surah liso y surah de cuadros. Núms. 39 y 40.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

DE LA ECONOMÍA.

La vida habitual no está compuesta de acciones heroicas, de sacrificios sublimes, de abnegaciones sobrehumanas, sino más bien de una serie de actos y de esfuerzos de un orden prosaico, renovados cada día, y para los cuales hay que desplegar mayor ánimo del que á primera vista podría imaginarse.

Ciertamente, nada es más digno de admiracion que el espectáculo que nos dan ciertas organizaciones maravillosamente dotadas, para las cuales el peligro es una palabra, el dolor un excitante enérgico; esas organizaciones que no vacilan ante ningun sacrificio, por grande que sea. Pero, aparte de que el hábito de las pequeñas virtudes conduce necesariamente á la posesion de las grandes, es lo cierto que en la vida somos los ménos los destinados á soportar las pruebas supremas, mientras somos los más los que, inevitablemente, hemos de luchar contra las penosas eventualidades de la vida ordinaria.

A esas luchas modestas, pero fecundas en triunfos de buenos resultados, es á las que hay que prepararse, adquiriendo las virtudes necesarias para sostenerlas con superioridad.

Hay un buen número de virtudes—de segundo orden, si se quiere—pero sobre las cuales se basan la dicha y la honra del hogar doméstico, el porvenir y el reposo de la familia. La mujer debe esforzarse por adquirirlas, si quiere estar á la altura de la mision que le incumbe.

De ellas, una de las más preciosas es la economía. Ante todo, creo oportuno dar una definicion de esta palabra y de la idea que representa. La economía es esa cualidad que permite obtener la mayor suma posible de bienestar, dentro de una renta ó haber determinado, y conservar el bienestar adquirido, aun economizando sobre lo necesario.

La constitucion de un fondo de reserva es á la vez el objeto y la base de una economía bien entendida. Ese fondo es el descanso y el decoro en la medianía, la seguridad contra la desgracia que sobreviene inopinadamente, contra las enfermedades, contra los reveses de la fortuna. Para las familias que tienen grandes situaciones, es la seguridad de poder sostener siempre el mismo tren de casa y de continuar las buenas obras que se tiene costumbre de hacer.

El tanto por ciento que se destine á constituir el fondo de reserva, debe ser incluido en el presupuesto doméstico y



contarse como una de tantas atenciones necesarias, á las cuales no pueden sus- traerse las casas de familia bien organizadas.

Admitido esto, nos falta examinar los medios con ayuda de los cuales se logra obtener el resultado propuesto, sin imponerse privaciones demasiado sensibles.

Hemos visto que la economía es necesaria en todas las situaciones sociales. Ella es una ley de ponderación para los ricos como para los pobres, y sin observarla, nadie puede prometerse aumentar, ni aún conservar siquiera, sus primitivos recursos. Son poquitas, en efecto, aquellas fortunas que pueden llamarse inagotables, y por lo tanto, debemos levantar á la economía un altar venerado en el hogar doméstico, cualquiera que sea la importancia de nuestros haberes. La gran cues-



11.—Sombrero airoso.



12.—Sombrero elegante.



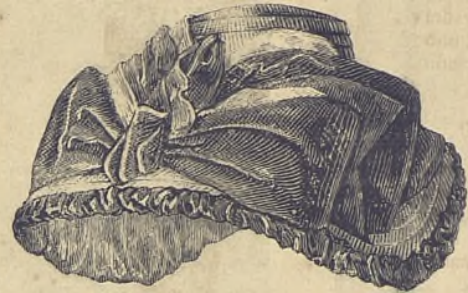
13.—Sombrero Nicense.



14.—Sombrero Trouville.



17.—Sombrero Fridolini.



18.—Sombrero campana de jardinera.



15.—Sombrero Violeta.



19.—Sombrero Carlota.



16.—Sombrero para baños de mar.

tion es, no solamente que los gastos no excedan de los ingresos (lo cual sería la ruina inevitable), sino también el guardar una parte de los ingresos para las contingencias de lo imprevisto.

Un fondo de reserva no siempre es fácil de constituir cuando se cuenta con pequeños recursos, dado que, como hemos dicho ántes, lo que se destina á irlo reuniendo debe contarse en el gasto ordinario de la casa.—En este caso, la economía, además de ser una virtud, se convierte en una ciencia, á cuyo estudio debemos aplicarnos sin cesar. Aquí me dirijo especialmente á esas modestas fortunas para quienes el justo equilibrio del presupuesto doméstico es una necesidad absoluta; á esas familias cuya posición impone eso que se llama *cierta representación social*, y que no dispone sino de recursos apenas suficientes para hacer frente á las exigencias de su situación.

La primera ley de la economía es no hacer jamás un gasto fuera de propósito; la segunda es hacer con inteligencia todo gasto calificado como necesario.



21.—Corbata jockey.



23 y 24.—Traje para señoritas. Espalda y delantero.



20.—Sombrero primaveral.



22.—Lazo veneciano.

Un poco de buen sentido y de imperio sobre sí mismo es suficiente para demostrar dónde se detiene lo necesario relativo y dónde empieza lo superfluo. No obstante, pienso que bastantes dueñas de casa deben mantenerse en guardia contra esa influencia que resulta de la comparación, y que nos mueve á arreglar nuestra conducta sobre la pauta de la conducta de otros. No es raro el oír dar como disculpa de un acto tan desprovisto de razón, el ejemplo de la señora de H., y la pretendida necesidad de igualar en elegancia ó en *comfort* á la señora de X., que tiene, ó pasa por tener, más ó menos dinero.

Esas razones no tienen valor ni alcance, ni son dignas de un espíritu elevado; pero, por desgracia, son moneda corriente en la sociedad.

Citaré, en apoyo de mi aserto, un ejemplo, que no carece de su lado cómico.

Habia yo ido á pasar el

invierno á casa de unos parientes á quienes amo, y que habitan en cierta pequeña y encantadora ciudad del Mediodía. Mi presencia perturbó por completo las costumbres casi monásticas de mis parientes, quienes, por otra parte, sufrían gustosos el desarreglo que yo introducía involuntariamente en

su pacífica existencia, con tal de prodigarme las pruebas de su afecto.

Por proporcionarme alguna distracción, pensaron en reunir una noche á varios de sus amigos, con el objeto de hacer un poco de música y tomar una taza de té. Durante la pequeña *soirée*, una de las personas que asistían á esta reunión íntima nos invitó para otra análoga en su casa. Asistimos á ella, en efecto; pero ya noté que la taza de té y las galletas inglesas venían escoltadas de chocolate y de un sinnúmero de confituras: no habian querido *ser menos*.





24.—Traje para niños de 8 á 10 años.  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



25.—Traje para niños de 2 á 4 años.  
(Explic. y pat., núm. XI, figs. 40 á 48 de la Hoja-Suplemento.)

26.—Vestido para niñas de 3 á 5 años.  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



28.—Traje para niñas de 7 á 9 años.  
(Explic. y pat., núm. II, figs. 10 á 16 de la Hoja-Suplemento.)

Una vez dado el impulso, todo el resto de las familias de cierta posición que residían en la pequeña ciudad de que me ocupo, se puso en movimiento; pero la vanidad tomó cartas en el asunto, y hé aquí lo que sucedió: en la segunda de las *soirées* á que fuimos invitados, ya se sirvieron helados y ponche: se cantó, y, hácia el fin de la velada, algunos jóvenes propusieron tímidamente un rigodon. La tercera se tituló ya *soirée dansante*, ni más ni menos: estaba admitido el corpiño de muselina blanca; las bandejas con refrescos, helados y vinos generosos no dejaron de circular en toda la noche, y ántes de retirarse los concurrentes, se sirvieron *consommés* y pastelillos.

¿Qué cabía ya hacer para eclipsar los esplendores de esta *soirée*?... Tres días despues de haber tenido lugar, recibimos una gran esquila glaseada, en la que leímos con profundo asombro:

«El señor y la señora de F. ruegan á los señores de... que les hagan el honor, etc., etc.... Se bailará.»



29.—Vestido de velo doble.  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

30.—Vestido de seda Pompadour y laya lisa.  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

31.—Vestido de raso negro y gasa brochada negra.  
(Explic. y pat., núm. IX, figs. 26 á 31 de la Hoja-Suplemento.)

¡Se bailará!  
Era, pues, un baile; un verdadero baile, para asistir al cual se hacía indispensable pensar en un traje escotado. La fiesta estuvo brillante y se prolongó hasta muy tarde. Hubo su orquesta y todo.

Pero no había de acabar aquí mi asombro. A los pocos días, nueva esquila de invitación para un segundo baile que daba otra notabilidad local; pero esta vez, al lado del consabido «Se bailará», había otro rengloncito que decía: «Se cenará.»

¡Y vaya una cena! Allí hubo todos los esplendores imaginables; estoy segura de que el recuerdo de aquel festin memorable no se borrará nunca del ánimo de los felices invitados.

Pero ¿qué sucedió á consecuencia de aquella fiesta de príncipes? Como nadie tenía medios para sobrepujar, ni para igualar siquiera, tantas maravillas, cada cual dijo para su capote: «Basta de fiestas»; y todo el mundo se abstuvo de reunirse, por temor de quedar mal.

La digresion es, sin duda, un poco larga; pe-



ro la historieta tiene su moral. Suponiendo que el estado de la fortuna de cada una de las familias que habian dado estas *soirées* les permitiese ese afan de eclipsar la vanidad y la ostentacion de sus vecinos — de lo que no estoy segura — fué una flaqueza humana, que produjo el mezquino resultado de

diculo y mezquino defecto que se llama *la parsimonia*, y que no es otra cosa, en realidad, que la economia sin sombra de inteligencia. Las mujeres, obligadas, como están, á vigilar todos los detalles interiores de su casa, y á quienes incumbe la responsabilidad en la administracion de los recursos domésticos, son



35.—Vestido de satinete liso y satinete Pompadour. Delantero. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



32.—Paletó para niñas de 4 á 6 años. (Explic. y pat., núm. X, figs. 32 á 39 de la Hoja-Suplemento.)

33.—Paletó para niñas de 6 á 8 años. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

34.—Traje para niños de 5 á 7 años. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



37.—Vestido de batista de cuadritos. Delantero. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 9 de la Hoja-Suplemento.)

privar á todos ellos, y á mí misma, del placer de reunirnos en la intimidad y de divertirnos sin fausto ni boato.

Pero volvamos á nuestro tema, que está léjos de haberse agotado.

No consiste únicamente la economia en no hacer gastos fuera de propósito; es necesario, como antes dije, hacer con criterio aquellos desembolsos considerados como indispensables, sin confundir la avaricia ó la parsimonia con la economía. Si una prudente administracion de la propia fortuna es el primero de los deberes, la avaricia es un vicio que hace sufrir cruelmente á los que nos rodean, y aleja del avaro las afecciones más sinceras, del mismo modo que seca su corazon y anula sus más nobles aspiraciones.

No insistiré sobre esa criticable pasion; pero, en cambio, me ocuparé del ri-



38.—Vestido de batista de cuadritos. Espalda. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 9 de la Hoja-Suplemento.)



36.—Vestido de satinete liso y satinete Pompadour. Espalda. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



40.—Vestido de surah liso y surah de cuadros. Espalda. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



39.—Vestido de surah liso y surah de cuadros. Delantero. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

las que más fácilmente caen en este exceso, por no llamarle de otro modo. A aquellas que no alcanzan bien cuáles son las limitaciones prudentes que deben ponerse al espíritu de orden y de economía, he de decirles: «Estad persuadidas de que, para gastar el ménos dinero posible, no siempre deben buscarse las cosas que cuestan más baratas.»

Hay casos en que debe saberse adquirir un objeto costoso, pero de un valor positivo, cuya duracion será doble ó triple que la de otro que cueste mucho más barato.

En lo que concierne, por ejemplo, á la *toilette*, si una señora está deseosa de comprarse un vestido de seda, le aconsejaré siempre que aguarde á haber economizado en otras futilidades y fantasías lo suficiente para comprar una seda de buena calidad. Obrando de este modo,



quedará recompensada de su prudencia; primero, con tener un vestido más rico y elegante, y luego, con el poder reformar varias veces ese mismo traje, que, al fin y al cabo, será siempre un buen traje de seda.

En nuestra época, en que las hechuras son tan caras á causa de la prodigalidad en los adornos, un traje de poco precio resulta tan costoso como uno bueno; de modo que la economía realizada en el importe de la tela no es tal economía, desde el momento en que una tela barata dura menos y es de mucho menor lucimiento, originando su confección el mismo desembolso que la de un buen traje.

Las señoras que profesan el amor al ahorro bien entendido tienen, además, á su disposición un elemento INAPRECIABLE para no dejarse explotar por ciertas modistas, en los periódicos que, como LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, son todo un curso completísimo y permanente del arte de vestir con decoro y distinción, sin temor á esas enormes cuentas de modista, que son el terror de los padres y de los maridos. No me cansaré de repetir que para las señoras debe ser hasta una cuestión de amor propio el bastarse á sí mismas para la cuestión de vestir, gracias al eficaz auxilio que LA MODA ELEGANTE les presta con sus infinitos modelos y trazados de patronos, que ponen el arte de la modista al alcance de las señoras de inteligencia despejada.

Otro tanto diré de las demas economías exageradas, como el comprar botas de paçotilla, que duran quince días, y guantes de esos que, en cuanto se ensucian un poco, no sirven más que para tirarlos.

Lo mismo sucede con el mueblaje. La actual tendencia á cierto lujo aparente favorece el error de las personas que practican la falsa economía, y que adquieren un mobiliario sin fijarse en su calidad y solidez, por aquello de que son baratos y bonitos de aspecto, y á primera vista parece como que valen más de lo que han costado.

Pero ¿qué sucede con estos muebles? Al cabo de poco tiempo, los dorados empiezan á volverse rojizos; la seda de los forros se deshila; las alfombras se quedan calvas, y las pasamanerías pierden su brillo ficticio.

Se me objetará que todo el mundo no puede costearse muebles bonitos y que sean al propio tiempo de buena calidad. Sin duda alguna; pero por eso mismo aconsejaré á mis lectoras que prefieran el comprarlos sólidos, aunque no sean bonitos.

Por lo demas, no hallo cosa más ridícula que la grotesca alianza del lujo exterior con la mezquindad. Todas conocéis gentes que tienen en su salon hermosas butacas, que se visten con espléndidos trajes, y no dan á sus criados un alimento suficientemente reparador y sustancial; que tapijan sus habitaciones con tupidas alfombras, y no encienden fuego en las chimeneas cuando hace frío: esto es para mí el colmo de la puerilidad humana.

Y veamos cuál es el resultado de ese *comfort* de que se quiere hacer alarde á los ojos de las gentes. Por lo pronto, la privación de esas mismas comodidades en que se pretende hacer creer; porque, como las butacas han costado una suma relativamente considerable y no pueden renovarse todos los días, ni siquiera se atreven á sentarse en ellas, por no estropearlas. Les ponen sus correspondientes fundas; cubren el reloj de sobremesa y la araña de la sala con sacos de muselina engomada; cierran herméticamente las persianas, para que los rayos solares no destiñan los tapices y las colgaduras; condenan la puerta, y prohíben á los niños, bajo las penas más severas, que penetren en el *san-tuario*. La vida de familia queda relegada al gabinete ó al comedor; se sientan en sillas incómodas y se imponen mil pequeñas privaciones, á fin de persuadir á sus invitados, en los días de gran recepción, de que se vive en el fausto.

Tal es la economía falsa, la economía tonta. Es mucho más prudente la dueña de casa que lo primero en que piensa es en crearse un interior agradable, del que poder hacer gozar á su marido, á sus hijos y á las personas á quienes admite en su intimidad. Ella, como mujer inteligente, sabe agrupar en derredor suyo, no los objetos que maravillan y deslumbran, sino los que encantan y retienen. Butacas bajas, anchas, confortables, donde se está tan bien, que la conversacion parece más agradable. Una alfombra bien blanda para poner los pies; dos ó tres macetas de flores ó de plantas de salon para el placer de los ojos, y sobre todo, ese *algo* viviente, animado, penetrante, que exhalan las habitaciones donde se ama, donde se sufre, donde se espera, donde se vive, en fin: hé aquí el verdadero *comfort*.

Jamas realizarán este ideal esas grandes salas doradas, donde no se hace más que *pasar* solemnemente, y que recuerdan, por más que se haga, la imagen del aislamiento y la tristeza: el bienestar, tal como lo dejó definido, no cuesta caro y se armoniza con la fortuna más modesta. Compadezco sinceramente á los que no comprenden los goces que procuran esos hábitos de la vida, á la vez amplios y modestos, igualmente sencillos que generosos, que excluyen á un mismo tiempo la parsimonia y la prodigalidad; que procuran mil cosas agradables y positivas, á cambio del sacrificio de las superfluidades inútiles ó ruinosas.

No es otro el secreto del desahogo hereditario en que viven ciertas familias, en las cuales trascurren los años sin que se observe ninguna de esas terribles fluctuaciones, ninguna de esas catástrofes de que son víctimas tantas otras. Una prudente inteligencia de la vida, una economía razonada, una gran sencillez de gusto, unida al instinto y á la ciencia de la elegancia: hé ahí el secreto de esos privilegiados.

MARÍA DE S.

## LAS VERBENAS.

Con el solsticio de verano llegan las fiestas ó romerías populares conocidas bajo el nombre de verbenas.

En la generalidad de las poblaciones de España solamente se celebran las noches y madrugadas de San Juan y de San Pedro.

En Madrid se conocen algunas más, empezando por la de San Antonio, como dice el cantar del pueblo:

La primera verbena  
Que Dios envía  
Es la de San Antonio  
De la Florida.....

Pero, indudablemente, esas otras tienen un origen moderno y un carácter menos tradicional.

La verdadera y secular fiesta de la verbena es la de la noche de San Juan.

Su nombre procede de que los que salían al campo á celebrar esa fiesta con expansiones y regocijos de todo género, lo primero que procuraban era coger algunos ramos de verbena, suponiendo á esta planta virtudes especiales cuando se la cogía en día tal, conservando así una reminiscencia de las creencias de antiguos tiempos, que le atribuían cierto carácter mágico y sobrenatural, por lo cual era considerada como una planta sagrada y simbólica.

En efecto, los druidas la veneraban casi tanto como al misterioso muérdago, y su recolección se llevaba á cabo con grandes ceremonias y ritos, muy parecidos á los que tenían lugar el día de año nuevo para cortar el muérdago hallado entre las añosas encinas de sus bosques sagrados.

Los sacerdotes druidas no podían llevar su mano á la verbena, para cogerla, más que á ciertas horas de la noche y previo un sacrificio expiatorio, y se servían de ella para sus conjuros y para hacer sus predicciones acerca de lo porvenir.

Para ellos era dogmático que esa planta tenía la propiedad de excitar la alegría, reconciliar los enemigos y aunar voluntades, y curar las fiebres y otro gran número de enfermedades, por lo cual los pueblos celtas cuidaban de que no faltase nunca en sus hogares esta especie de talisman de la Naturaleza.

En las imponentes procesiones nocturnas que formaban para dirigirse á los bosques donde habian de celebrar sus cultos y sus muchas veces sangrientos sacrificios, precedía siempre al Gran Sacerdote un heraldo, que llevaba en la mano una rama de verbena.

Los romanos la usaban para hacer sus aspersiones lustrales, pretendiendo que de ese modo ahuyentaban los genios del mal, así como para purificar los altares de Júpiter antes y después de los sacrificios.

Los heraldos que en tiempo de guerra se enviaban al campo enemigo para parlamentar ó anunciar la paz llevaban una rama de verbena en la mano, y á veces se la ceñían á manera de diadema sobre la frente.

Los novios, al celebrarse sus desposorios, solían llevar un ramo de verbena escondido bajo su manto ó sus vestiduras, para asegurar por ese medio la felicidad conyugal y el amor constante del ser querido.

Así fué perpetuándose de pueblo en pueblo y de siglo en siglo la superstición que atribuía virtudes sobrenaturales á esa humilde planta, á tal punto, que era general costumbre colgar matas ó ramos de verbena en las puertas de las casas y junto al lecho, para evitar enfermedades, ahuyentar los demonios, librarse de los enemigos y neutralizar los hechizos.

Los médicos de aquellos tiempos, siguiendo la popular superstición, la reconocieron como una de las plantas más saludables y la elevaron á la categoría de hierba curalotodo, ó para todos los males, al paso que los magos, alquimistas y adivinos de la Edad Media la empleaban como el primero y más eficaz de los elementos que hacían concurrir á la composición de sus falsos encantos y filtros, y muy especialmente en los que se destinaban á conquistar el amor deseado ó á conservar aquel que empezaba á extinguirse en el corazón de la persona amada.

Estas tradicionales preocupaciones son el origen de la costumbre de ir á coger la verbena en determinados días, que tan en boga ha estado en los pasados tiempos, y que todavía subsiste, en cierto modo y más ó menos modificada, en no pocas comarcas, pues el pueblo difícilmente se desprende de los recuerdos misteriosos de otros siglos, sobre todo cuando esos recuerdos tienen algo que deslumbra la fantasía, que se impone á la inteligencia del vulgo ó que halaga los deseos imposibles de las gentes sencillas.

Pero, en el fondo, el origen de las fiestas llamadas *verbenas* no está en la simple costumbre tradicional de salir al campo en busca de una sencilla planta que pueda tener más ó menos encantos ó más ó menos reminiscencias; esto no constituye más que uno de tantos accidentes de esas populares expansiones.

Esas fiestas se derivan indudablemente y corresponden á las que con el nombre de fiestas del fuego han celebrado casi todos los pueblos desde remotísima antigüedad, para solemnizar y festejar el solsticio de verano, en que el sol se presenta en todo el esplendor de su majestad, de su luz y de su poder vivificador.

Esta solemnidad data ya del tiempo de los primitivos patriarcas, que la instituyeron como una fiesta simbólica en honor del astro esplendente, cuyo calor vivifica la tierra, despierta la Naturaleza y hace crecer y madurar las mieses y los frutos, para recompensar el trabajo del hombre, que en ellos fia su esperanza y la satisfacción de sus necesidades.

Bajo este punto de vista, pues, la fiesta del fuego tiene un carácter de sencilla sublimidad y de encantadora grandeza, que justifica sobradamente la universalidad de su existencia.

Así se concibe fácilmente que esa fiesta exista en todos los pueblos del Indostan, desde lejanos siglos hasta nuestros días. Generalmente se la hace preceder de algunos días de ayuno y penitencia, y cuando llega el de la solemnidad, encienden en el campo una inmensa hoguera, sobre cuyo fuego cruzan repetidamente los más devotos, danzando y cantando alabanzas á los dioses, acompañados de los brackmanes y en medio de la admiración de la muchedumbre que asiste, y que, al retirarse, procura llevar consigo un poco de ceniza de la hoguera ó alguna de las flores y objetos que llevaban consigo durante la ceremonia los penitentes, cuyos objetos todos conservan como una reliquia y un amuleto para alejar las aflicciones y los malos espíritus.

De la India tomaron esta fiesta los antiguos pueblos de todo el Oriente. Al llegar el solsticio, preparábanse grandes piras de maderas aromáticas, y prendido el fuego en ellas, los creyentes danzaban al rededor de la hoguera, haciendo votos y sacrificios á la vez por la fertilidad de sus campos y la prosperidad de las cosechas.

También entre los griegos se conocieron las fiestas del fuego, que en buena parte de la Grecia se denominaban *láfrics*, del nombre de Diana *Láphria*, á quien estaban dedicadas. Solemnes ceremonias, sacrificios, hogueras, luminarias y danzas religiosas constituían la parte principal de esa fiesta, bajo la dirección de una de las vírgenes sacerdotisas de Diana.

Los campesinos de Roma tenían igualmente, á fines de Junio, una solemne, alegre y animada fiesta en honor de la diosa *Pálas*, su protectora. Todos se purificaban por medio de abluciones repetidas, y purificaban sus bestias y ganados; luego venían los sacrificios, y, por último, las hogueras y la danza de los jóvenes al compás de tambores, címbalos y flautas, en medio del entusiasmo y del regocijo general.

El antiguo Egipto, la China, el Japon, el mismo pueblo hebreo, tenían, ó conservan aún, ciertas fiestas, que presentan en el fondo gran analogía con la fiesta del fuego, si es que no son esta misma solemnidad más ó menos modificada.

El cristianismo, que tantos otros ritos y ceremonias, y aun supersticiones, adoptó de los pueblos paganos, conservó también indirectamente la fiesta del fuego, que se hizo coincidir con la conmemoración de la natividad de San Juan Bautista; si bien no se celebró, como lo habían venido haciendo los pueblos gentiles, para solemnizar simbólicamente la vuelta del sol ó su mayor altura en el horizonte, ni su poder ó su virtud fecundadora, sino como en recuerdo de la luz prodigiosa y divina que el santo Precursor anunció á la humanidad, y para pedir al Altísimo que alejase del hombre todo mal, como Hacedor Supremo, dispensador de todos los dones y creador y fecundador de la Naturaleza. En esta fiesta se introdujo la costumbre de coger la verbena, como uno de tantos frutos de la tierra, y quizá también como una reminiscencia de las viejas tradiciones que la habian atribuido virtudes sobrenaturales, en que el pueblo siguió creyendo aún mucho tiempo después.

La fiesta ó verbena de San Juan, ó del fuego de San Juan, como otros la llamaron, se hizo popular bien pronto en Europa, y en los siglos XIII, XIV y XV era una de las que con más regocijo y alegría se celebraban en casi todos los pueblos de España, Francia, Italia, Alemania y Portugal, que la implantaron, al tiempo del descubrimiento del Nuevo Mundo, en gran parte de la América también.

La noche de la víspera y la madrugada del día de San Juan se convirtieron en horas de popular romería, en que todas las clases se mezclaban y se confundían para entregarse á los esparcimientos del baile, las músicas, la recolección de plantas y flores aromáticas y de legendaria virtud, y los placeres de la gula, en medio del campo ó á la sombra de las más frondosas enramadas.

En París se celebraba esta fiesta ya en 1423, y tenía lugar en la plaza de Grève, á donde acudían procesionalmente el clero, el preboste, los escabinos, el gobernador de la ciudad, y otras autoridades, escoltados por los arqueros de la villa y por la muchedumbre del pueblo. Allí encendían, con las antorchas que llevaban, una gran hoguera preparada de antemano, y el clero entonaba cánticos religiosos: más de una vez los mismos reyes tomaron parte en esta fiesta, que revestía caracteres originalísimos, como el de colocar en el centro de la hoguera un gran número de gatos, destinados á ser quemados vivos, ya para diversion del pueblo, ya para dar satisfacción á la vulgar superstición que aseguraba que, cuando los pobres animalitos llegaban á viejos, asistían los sábados al aquelarre de las brujas.

Y no sólo en París, sino en toda la Francia, se sometía á los gatos á esa bárbara tortura, que no desapareció hasta bien entrado el siglo XVIII. Las cenizas y los tizones de la hoguera de San Juan, lo mismo que las plantas y hierbas que se habian tocado á las llamas, se guardaban, por los que lograban poseerlas, como un preservativo y una reliquia.

Aun en nuestros días subsisten estas ceremonias y estas prácticas en las aldeas de la Alsacia y la Lorena.

En Inglaterra habia la costumbre de iluminar todas las casas la noche del 23 al 24 de Junio y de enramarlas de flores, guirnalda, ramos y plantas, y en Alemania se celebraba la fiesta con parecidas ritualidades y con general regocijo.

En Madrid se solemnizaba ya en el siglo XI la verbena de San Juan, aunque todavía se hallaba en poder de los moros; y los viejos cristianos que habian continuado morando en la villa, *castillo famoso*, como dijo el insigne Moratin, bajaban esa noche á solazarse en las praderas del Manzanáres, donde se les reunían no pocos moros madrileños, que con aquellos compartían amigablemente las expansiones del día.

Bien es verdad que entre los moros españoles era muy popular también la fiesta de San Juan, desde antiguo, y una de las más veneradas de ellos.

Nuestros árabes festejaban ese día con grandes regocijos y corriendo toros y cañas, como se desprende del siguiente fragmento de un viejo romance morisco:

La mañana de San Juan,  
A punto que alboreaba,  
Grande fiesta hacen los moros  
Por la vega de Granada,  
Revolviendo los embillos  
Y jugando con las lanzas.....

Y sus bellas mujeres, aquellas fascinadoras beldades de rasgados ojos de azabache y de embriagador mirar, cuyas misteriosas endechas áun parecen oírse, en el silencio de serena noche, bajo las quejumbrosas alamedas del Guadalquivir ó tras las bordadas ventanas de la Alhambra, bajaban á sus orientales verjeles á coger flores y tejer guirnalda, acompañadas de sus damas y de sus esclavas, que las entretenían dulcemente con sus cantares.



Por lo que á Madrid se refiere, la verbena de San Juan se ha celebrado en distintos sitios. En el siglo xv, el pueblo concurría á los alrededores de una ermita del santo Precursor, que en la vega del Manzanares, no lejos del camino de Vallecas, existía: en el siglo xvii era el soto hoy llamado de Migas-Calientes el lugar preferido por los alegres trasnochadores ó los avisados madrugadores para los bulliciosos esparcimientos de la verbena; y por último, en el xviii se trasladó la romería al Prado de San Fermin, donde continúa celebrándose en nuestros días, si bien con el Prado comparte los honores de la fiesta la suntuosa y bella Plaza Mayor, donde se colocan las vendedoras de flores, plantas, juguetes y otros artículos propios del caso y del carácter de la romería.

Aunque son varias las verbenas que en la corte se verifican, desde la de San Antonio hasta la de la Paloma, la de S. n Juan se distingue entre todas, porque lo espacioso del paseo del Prado permite que la concurrencia se solace más á sus anchas y que á aquel sitio concurren lo mismo la encofetada y elegante dama de la aristocracia que la picaresca y provocativa *chula* descendiente de las antiguas arrogantes manolas, y lo mismo el cantador flamenco de los barrios bajos, que rasga nerviosamente la guitarra, que el atildado gomoso, perseguidor averiado de dotes y de bellezas.

Todos caben allí y todos allí se confunden, aunque la verbena ya no tiene aquella loca animación, y aquella franca alegría, y aquellos lances amorosos, y aquellas esquivas *tapatás* del siglo pasado, que tan pintoresco carácter daban á esta popular velada y que con tan vivos matices han descrito nuestros poetas y nuestros narradores.

Los reyes de España no se han desdenado de tomar parte, más de una vez, en la verbena de San Juan; y de Felipe IV, entre otros, cuenta la crónica que en la noche del 23 de Junio de 1631 asistió á una espléndida función de corte, que había preparado su favorito el Conde-Duque de Olivares en los magníficos jardines que había entre los palacios hoy de Alcañices y de Villahermosa, entónces del Duque de Maqueda y de D. Luis Mendez Carrion, en cuyas moradas, respectivamente, se le habían preparado delicada colación y régia cena.

Verificóse en el intermedio de la primera á la segunda una escogida función en el teatro que allí existía, de la cual formaron parte una comedia de Quevedo y otra del insigne Fray Félix Lope de la Vega Carpio, denominada *La Noche de San Juan*, que agradaron por extremo al Rey-poeta y á toda la linajada concurrencia que tuvo la fortuna de asistir á tan notable espectáculo.

Desde entónces acá las verbenas, en Madrid como en el resto de España, han perdido mucho de su primitivo carácter y de su bulliciosa algazara, porque las costumbres y las ideas han experimentado cambios profundos y transformaciones radicales con el rápido avanzar de los tiempos y de una civilización absolutamente nueva, que han dirigido por distintos derroteros las tendencias y los gustos de la sociedad.

Las antiguas supersticiones y las fantásticas quimeras populares van, además, cayendo una tras otra ante los destellos de la razón; y hoy son muy escasas ya las gentes que, aun entre las masas sencillas del pueblo, creen en la influencia sobrenatural de plantas cogidas á determinadas horas y en un día dado, por rancia que sea la alcurnia de la tradición que las había revestido de fantásticas aureolas y misteriosas virtudes.

Una generación más, y las verbenas habrán desaparecido de entre nosotros, cual tantas otras costumbres, usos, fiestas y tradiciones que se van extinguiendo como el eco de una dulce melodía, cuyo lejano rumor apenas deja llegar ya hasta nosotros el ruido que produce en su vertiginoso volutar continuo el siglo xix.

JUAN CERVERA BACHILLER.

DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(CONTINUACION.)

**L**a lucha que había sostenido su corazón desde la noche anterior, aumentada al verse en la necesidad de confesar á D.<sup>a</sup> Justa el resultado de su inconstancia; las lágrimas de aquella; la brusca presentación de D. Pedro, y la inquebrantable resolución que éste parecía haber adoptado, resolución que no acertaba á comprender, eran causas más que suficientes para justificar su emoción.

En la calle le esperaba Eugenio, que, notando en la fisonomía de su amigo el doloroso esfuerzo que le había costado aquella entrevista, y viéndole completamente abstraído, no quiso interrumpir sus meditaciones, y marchaba á su lado silencioso.

Pero á los pocos pasos, Enrique, como hablando consigo mismo, murmuró:

- ¿Qué irá hacer en su casa? ¿Para qué querrá verla?
- ¿Quién?—preguntó Eugenio—¿de quién hablas?
- ¿De quién he de hablar?—Y Enrique contó á su amigo todo lo ocurrido con D.<sup>a</sup> Justa, D. Pedro y él.
- Pues me encuentro en el mismo caso que tú: no acierto á comprender el proyecto que tiene Vargas.
- ¡Ah! yo me voy á volver loco, te lo repito: estoy en un piélago de incertidumbre y ansiedad, que me hace muchísimo daño.
- Para estos casos no hay nada como la calma y la sangre fría, Enrique.
- ¿Cómo quieres que tenga sangre fría con este cúmulo de acontecimientos que está cayendo sobre mí?
- Lo que quiero decirte es que no te atormentes dema-

siado. ¿No te ha dicho Vargas que le esperes en tu casa?

—Sí.  
—Pues espéralo, que ya sabrás á qué atenerle: entre tanto, haz lo posible por ni siquiera pensar en eso: yo te acompañaré hasta que él llegue, y hablaremos de todo cuanto haya que hablar ménos de eso: he de hacer penetrar en tu pecho la posesión de tí mismo, ó he de poder poco.

Y los dos amigos siguieron ocupándose de lo mismo mientras continuaban con dirección á la casa de Enrique. En cuanto á D. Pedro de Vargas, ya sabemos adónde se dirigió y el objeto que le llevaba á casa de Anselmo.

Hombre experimentado y conocedor del corazón humano, sabía que el primer amor es el que más trabajo cuesta arrancar, con más motivo haciendo tantos años que estaba arraigado. Le hubiera satisfecho y enorgullecido la entrada de Enrique en su familia, pues conocía como nadie sus buenas cualidades; pero á la perspectiva de que el amor, que tan intenso sintió por Blanca, tomase incremento cuando fuese imposible satisfacerlo, cuando fueran indisolubles los lazos que le iban á unir con su hija, causando así la eterna desgracia de ésta, tomó una resolución enérgica, que le vimos poner por obra, inspirada por sus nobles sentimientos.

Sabía que su decisión abriría una herida terrible en el corazón de su hija; pero una herida que él creía cicatrizable y preferible cien veces á los pesares que la esperaban si Enrique, dominado por otro amor, faltaba á los sagrados juramentos que iba á hacer al pié del altar.

Pensaba sacar á Mercedes de Madrid; llevarla á viajar por el extranjero; hacer que el mundo se presentara á sus ojos con todas las galas y oropel de que se halla adornado, y que la diversidad de nuevas impresiones no la dejaran tiempo de profundizar en su alma por algunos años, para llorar la ilusión en que había fundado su felicidad, y que se le había escapado de las manos casi en el momento en que pensaba asirla para siempre.

Este era, en verdad, el único medio de hacer olvidar un amor imposible á un alma poética, á una imaginación ardiente como la de Mercedes. Apartarla de la vista de todos aquellos sitios que la recordaran su pasada dicha; de todos aquellos sitios en que había forjado sus más risueñas esperanzas; ocupar su corazón con nuevos deseos, con nuevas emociones, y tal vez llenarlo con otro amor, que sería indudablemente el rayo de sol que despejara los últimos recuerdos; la gota de rocío que diera nueva vida á la marchita flor de sus ilusiones.

Sumergido en estos pensamientos, llegó D. Pedro á la casa de Enrique, que le esperaba con afán.

Eugenio se retiró, y Vargas y el joven quedaron solos.

—No vengo á hacer á V. recriminaciones, ni á censurar su conducta—dijo D. Pedro;—esto á nada nos conduciría, y no estamos para perder tiempo: he escuchado además la sincera confesión de V. á mi esposa, y justo es manifestarle que, á pesar de ser el padre de Mercedes, no le considero á V. tan culpable como era de esperar.

—¡Ah!—prorumpió Enrique, apoderándose de una de las manos de D. Pedro, que estrechó con efusión;—no sabe V. el bien que me hacen esas palabras en su boca.

—Así, pues—prosiguió éste retirando la mano y mirando con lástima á Enrique, á quien veía sufrir verdaderamente—ya he dado, como le dije, el paso que creía más digno para todos y el que ménos tristes resultados puede ofrecer.

—¿Y es...—preguntó con vehemencia Enrique.

—Que he pedido en nombre de V. la mano de Blanca á su tío D. Anselmo Gonzalez.

—¿Usted mismo?

—Yo mismo.

Fué tal el asombro de Enrique, que se quedó perplejo y sin poder pronunciar una palabra.

—¿Tanto extraña á V. mi acción?

—¡Oh, sí! me extraña; ¿por qué no he de decirlo?

—¿Acaso no está V. conforme con ser el esposo de Blanca?

—Permítame V. que no conteste á esa pregunta. Estoy en una situación que no sé lo que siento ni lo que quiero; por cuya causa, ustedes disponen lo que quieran, y lo que ustedes dispongan eso será lo que haré.

—Bien: es V. entónces el prometido de Blanca—continuó D. Pedro;—vaya V. á verla cuanto ántes, porque la pobre niña está enferma, enferma por causa de usted. Creo inútil decirle que yo no olvido ni olvidaré nunca el día en que nos conocimos y lo que le debo: en mí, pues, tendrá usted siempre al protector, al amigo; pero no en mi casa: Mercedes, como V. comprenderá, no puede volverle á ver.

—¿Cómo! ¿no la volveré á ver más?—exclamó Enrique con voz temblorosa.

—¡Nunca! Pasado mañana salimos para el extranjero, y no sé cuando se efectuará nuestro regreso; pero V. sabrá dónde estamos y podrá escribirme... á mí solo, pidiéndome lo que necesite. Ahora... abracémonos, Enrique, y... hasta que Dios quiera.

Enrique arrojóse llorando en los brazos de D. Pedro: tanta nobleza y magnanimidad de alma habían conmovido hondamente su corazón, predispuerto ya á la sensibilidad por tantos afectos como le habían combatido.

Quedóse Enrique sin saber lo que le pasaba: apoyó los brazos en la mesa; sobre éstos la cabeza, y en esta postura permaneció mucho tiempo.

Se avergonzaba de llorar, y á sí mismo quería ocultarse las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Aquellas lágrimas eran la última ofrenda que hacía al amor de Mercedes.

Luégo se levantó; dió algunos pasos por la habitación, y se dijo:

—Es preciso olvidarla, olvidarla para siempre, porque yo no puedo pensar más que en Blanca. ¡Ah, quiera Dios que pueda hacerla tan feliz como merece!

Dicho esto, salió de su casa y se dirigió precipitadamente á la fonda del Comercio.

CAPÍTULO IX.

Un juramento.

¿Qué era entre tanto de Mercedes? Preguntarán tal vez nuestros lectores.

¿Sabía ya la hermosa niña lo que la esperaba?

No: aun la negra nube del desengaño no se había cernido sobre su purísima frente; todavía, en medio de sus temores, de sus celos, abrigaba la esperanza de que Enrique sería suyo, enteramente suyo.

Y ¿cómo no creerlo así?

Después de las pruebas de acendrado cariño que le había dado Enrique; después de todos los proyectos que habían formado juntos, ¿era posible que el solo encuentro con una joven que ella no conocía fuera bastante á echar por tierra todos sus planes? ¿No podía ser alguna amiga de Enrique, resentida por su silencio, que casualmente estuviera en Madrid?

A estas reflexiones, se culpaba á sí misma Mercedes de haber dudado del amor de Enrique, y se censuraba por las ideas sombrías que habían acudido á su mente aquella noche.

—¡Qué niña soy!—murmuraba:—se incomodaría con razón si supiera las cosas que he pensado de él: y ¿en qué fundaba yo mi desconfianza? ¿Qué tiene de particular que quiera saludar á unos amigos de su pueblo?

Sin embargo—seguía diciendo—ella lloraba: pero ¿quién sabe cuál sería la causa de su llanto? ¡Bah; desechemos esas tristes ideas y no pensemos más que en la felicidad que me espera. Ya son más de las doce; no ha de tardar; me voy al salón, y así le veré más pronto. ¡Qué deseos tengo de que venga!

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Las carreras de Longchamp.—El gran premio.—Las nuevas *toilettes*.—Vestidos y sombreros.—La tribuna presidencial.—Invencción ingeniosa: el telégrafo.—Un chubasco intempestivo.—Rateros cogidos en la ratonera.—¡Hurrah for Bruce!—Ejemplos contagiosos.—Manera de enderezar los cojos.—Las pulgas devoradas por las chinches.

**L**as carreras de Longchamp, en que los más veloces caballos del universo se disputan el gran premio de 100.000 francos, constituyen la fiesta principal, el espectáculo favorito de la población de París. En la fiesta nacional del 14 de Julio sólo figura una parte de la población; los barrios aristocráticos se retraen. Otro tanto puede decirse de las paradas anuales. Pero el día del gran premio, todo París, y enténdase, no ese círculo limitado de que nos hablan siempre revisteros y cronistas, sino París entero, el París universal, se pone en movimiento.

Es de tradición que en aquel día se inauguren las *toilettes* de verano; las esclavas de la moda acuden, pues, á exhibir las más recientes invenciones de sus sastres y modistas, y el pueblo acude á verlas pasar. Nadie se queda en casa.

A eso de las doce, cualquiera diría que el asiento de París se ha levantado por un extremo y que toda la población se derrama por el lado del Bosque de Boulogne. Los veinticinco mil carruajes de la ciudad siguen á la carrera, y el que, obligado por sus negocios, tiene que remontar la popular corriente, llama la atención de la muchedumbre, que le señala casi con el dedo.

Sin temor de exagerar, puede afirmarse que ningún año había acudido tan inmenso gentío á las célebres carreras de caballos: lo que prueba que las carreras en sí no son más que el pretexto de esta especie de salida torrencial. Los ingresos realizados por precio de las entradas han llegado á la suma colosal de 280.000 francos.

Las elegantes *toilettes* eran numerosísimas; la mayor parte de ellas eran de fondo claro con flores grandes de colores vivos, ó bien de fondo oscuro con flores blancas. Con semejantes telas, las mujeres parecen, hasta cierto punto, vestidas de papel pintado, y no se necesitaría mucho para evocar la idea de una mascarada; pero cuando se saben llevar, los vestidos á que me refiero son de un efecto delicioso, y nos recuerdan las modas del reinado de Luis XVI: los *paniers*, que siguen llevándose, aun cuando no muy abultados, completan la ilusión.

En cuanto á los sombreros, su diversidad es indispensable, formando el desorden más divertido que es posible imaginarse. No existe regla alguna. Cada cual busca la forma que mejor le sienta, y al mirar á las tribunas, podían verse ejemplares de todas las modas imaginadas de tres siglos á esta parte, restauradas y adoptadas por las parisien- ses de 1882.

Habría que citar cuantas mujeres hermosas encierra París para dar una idea de aquel espectáculo maravilloso que sólo se presencia una vez al año, y no sólo las damas del gran mundo, sino las que no lo son, ni mucho ménos. No hace muchos años que se había tenido la idea de excluir cierta clase de mujeres del recinto del *pesage*; pero, á lo que parece, se ha renunciado á luchar contra una invasión irresistible, y Nana se pasea hoy libremente, sin miedo de una humillación.

El Presidente de la República llegó á las dos de la tarde, acompañado de su hija Mme. Wilson. La reina Isabel tomó asiento á su lado, en el palco presidencial.

Todo el mundo dirigía la vista hácia aquel palco, no sólo por los personajes que en él figuraban, sino por lo que sucedía en la torre que le corona.

Dos hombres hallábanse establecidos en la torre; uno de ellos provisto de un antejo de larga vista, con el cual miraba constantemente por la parte de París, y el otro hojeando una especie de álbum negro, de aspecto balístico.



Era el *tellologo* del capitán Gaumet, que estaba funcionando. Esta invención es sencillísima. Se ha observado que una raya blanca trazada sobre una superficie negra se ve á gran distancia; así como nuestros dos hombres estaban situados en la torre de la tribuna presidencial, otros dos ocupaban el coronamiento ó azotea del Arco de la Estrella; el álbum en cuestión contenía las veinticinco letras del abecedario y los diez guarismos, de papel de plata recortado, y pegado sobre tafetan negro. Señalando sucesivamente las letras y los guarismos, se formaban palabras y cantidades, que podía leer con su anteojo de larga vista uno de los individuos del Arco de Triunfo. Estos transmitían á su vez, por el mismo sistema, números y palabras á otros individuos colocados en un observatorio central, y de este modo, cuatro minutos despues de las carreras, su resultado era conocido en el interior de París. El experimento ha tenido el éxito que era de desear.

Muchas veces se ha descrito el imponente aspecto de la llanura de Longchamp un día de carreras; la inmensa pista, rodeada de árboles, por encima de los cuales se ven en lontananza las blancas torres del Trocadero; los curiosos que forman por ambos lados como dos gigantescos cordones; los carruajes que estacionan delante de las tribunas; la apiñada muchedumbre que se agita en torno de ellas, y por encima de la cual las sombrillas producen el efecto de banderas de todos colores; el puesto de los *bookmakers* ó apostadores, especie de bolsa al aire libre, de donde salen gritos salvajes en medio de un estrépito infernal.

El domingo pasado la decoracion de esta escena mudó varias veces. Los negros nubarrones que cubrían lentamente el cielo con aire amenazador descargaron de repente un copioso aguacero, despues de la carrera del premio de Ispahan.

¡Pobres *toilettes*, tan nuevas, tan graciosas, tan delicadas! ¡Pobres flores y pobres encajes! No es posible describir el espanto que causaron las primeras gotas de agua. Todo el mundo miraba al cielo con angustiosa curiosidad. ¿Iba á llover realmente?—parecian preguntar todas las miradas. Al cabo de algunos segundos la duda no era ya lícita. Los negros nubarrones, sin decir una palabra, sin un trueno, sin un relámpago, solapadamente, se pusieron á derramar el aguacero más espantoso que han presenciado jamas los aficionados á carreras. ¿A dónde huir? ¿Dónde esconderse? Los que pueden se refugian en las tribunas, en las caballerizas, doquiera que hay posibilidad de ponerse á cubierto. Pero en la pista no hay abrigo posible; la inmensa muchedumbre se mueve en distintas direcciones, como presa de un terror pánico; pero hay que conformarse con su suerte; los que tienen coches se meten dentro; otros se refugian debajo de los carruajes, y veinte mil paraguas tratan de proteger á los demas. No se veía un alma; un mágico con su varita habia transformado el campo de las carreras, y á la movediza muchedumbre habian reemplazado veinte mil setas colosales lavadas por la lluvia. Un viento bastante fuerte lanzaba el aguacero como lluvia de dardos, y de las tribunas se le oía caer, en són lamentable, sobre el camino.

Esta situación duró más de un cuarto de hora. La lluvia cesó tan bruscamente como habia comenzado; los coches se abren; los paraguas se cierran, y la multitud reaparece como por encanto. Cada cual trató de sacudir el agua que tenia encima, sin mojar al vecino—lo cual no era empresa fácil;—las damas ahuecaron los vestidos que habian arrugado acurrucándose en los carruajes; un rayo de sol traspasó las nubes, y aquel desagradable incidente fué dado al olvido.

Un número prodigioso de ratos estaban allí preparados á aprovecharse de la confusion y desorden del público; probablemente contaban con que el aguacero duraria más tiempo, y al escampar, los agentes de policía pudieron sorprender la mayor parte de ellos *in fraganti*; los presos fueron tantos, que no se sabia dónde meterlos, y hubo que arbitrar *violones* provisionales.

No me detendré á hacer una descripción técnica y minuciosa de los diversos incidentes de las carreras; descripción que tendria que ser, sobre prolija, de escaso interés para las lectoras de su periódico. Bástele saber que fueron ocho los caballos que se presentaron á correr por el Gran Premio. Sus nombres son: *Bruce*, *Fenelon*, *Dandin*, *Fazmin*, *Alhambra*, *Epernay*, *Dictador* y *Royalieu*. El afortunado vencedor fué *Bruce*, caballo inglés. Su dueño es M. Rymill, que desempeña en Inglaterra las funciones de comisario

arbitrador de las ventas de caballos. La victoria de *Bruce* le ha producido ciento cuarenta y un mil setecientos francos.

Mudemos de tema.

Dos jóvenes se encuentran en el boulevard.

—¿Sabes que me caso el jueves?... No olvides que cuento con tu asistencia.

—Imposible, amigo mio; á fe de soltero, he jurado no asistir jamas á una boda; los ejemplos suelen ser contagiosos.

Un cojo acaba de tomar por esposa la mujer de carácter más áspero y autoritario que es posible imaginar.

Cierto amigo suyo preguntaba ayer, á este propósito, cómo habia podido casarse con semejante arpía.

—Sin duda espera que le hará andar..... derecho.

\* Un viajero llega á un pueblecillo, donde se ve obligado á pasar la noche; entra en la única posada del lugar y pide un cuarto.

—¿La cama está limpia?

—¿Quiere V. callar, caballero?

—¿No hay pulgas en el cuarto?

—¡Ah, no, señor! Puede V. estar tranquilo sobre este punto; las chinches se las comen.

Paris, 16 de Junio de 1882.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.687.º.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras á la 1.ª y 2.ª edicion.)

*Traje de paseo, de velo beige, raso azul plomo y raso brochado Pompadour.* El corpiño va enlazado por delante sobre un chaleco Pompadour. La aldeta va cubierta con una banda de tres pliegues sujeta en el lado izquierdo con una abrazadera y anudada por detras formando un lazo grande. Una esclavina ribeteada de encaje y fijada con un lazo en el lado izquierdo cubre los hombros. La sobrefalda, que es de velo beige, va ribeteada de un rizado beige y azul, y de una guarnicion de encaje blanco. Por detras, unos pliegues gruesos dan amplitud á esta túnica. La falda, redonda y enteramente plana, es de raso Pompadour y termina en un rizado de encaje y otro de tela mezclada.

*Traje de paseo, de cachemir bronce y pequin.* La polonesa,

SALTO DE CABALLO PRESENTADO POR M. N. J.

ce	ta	La	les	Mis	hor	gi	su	das	to	po	que	den	ti	
tor	ar	zu	más	ta	je	ble	la	tiem	en	Pier	cul	la	Yo	
nas	men	ver	ri	a	gra	za	vi	á	vo	en	un	Ci	sus	da
no	Su	cha	na	fi	ro	Y	pas	zu	y	chi	ce	la	fra	co
her	li	La	lle	el	en	sa	ta	na	a	en	sa	ta	na	a
en	mi	ba	zu	ro	E	mar	la	ta	ba	de	ro	ti	ron	Si
be	mo	ria	sol	ce	con	mi	din	se	Es	Que	so	ja	ric	de
sas	a	sa	glo	sus	y	tá	ra	jar	fi	mu	to	vis	nuo	das
so	tor	Más	ma	la	ro	llan	ces	El	cia	mo	con	vi	a	De
tes	Las	el	ten	tio	da?	Un	za	mi	sa	la	la	le	bo	si
liz	pe	pa	del	cé	cia	guian	un	to	re	be	quel	en	men	di
er	com	los	en	Pe	dia	fi	a	dar	da	do	Des	yo	to	em
me	ro	sa	ro	vis	cian	em	cru	de	guar	Na	mo	cha	er	em

PRINCIPIA EN LA CASILLA NÚM. 1 Y TERMINA EN LA 204.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de Paris, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, Paris).

MADRID.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, Impresores de la Real Casa, Paseo de San Vicente, 20.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

de cachemir bronce, se abre por delante sobre una punta muy larga, formada de tiras horizontales de cachemir color rubí sobre verde, separadas por entredoses de encaje *ficelle* sobre trasparente blanco. Esta polonesa va recogida en forma de *paniers*, y se reúne por detras en un *pouf* bastante voluminoso. Un plegado que se fija con un lazo cubre la parte alta del *pouf*. Las mangas y la falda se componen, como el peto, de tiras de pekin y entredoses. La falda va formada de dos volantes tableados, ribeteados de encaje, y termina en un volantito tableado.

VERDADERA AGUA DE BOTOT,

ÚNICO DENTÍFRICO APROBADO POR

LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

POLVOS DE BOTOT,

DENTÍFRICO CON QUINA.

Depósito general en París, 229, rue Saint-Honoré.

Depósito: Boulevard des Italiens, 18, y en casa de los principales comerciantes.

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Hemos dicho varias veces, y repetiremos hasta la saciedad, que la base de los cuidados de la *toilette* es una perfumería irreprochable, cuyo benéfico uso conserve largo tiempo la belleza, como sucede con la de la casa Guerlain (15, rue de la Paix, Paris), que hemos recomendado especialmente.

Todos los productos que hoy citaremos no se encuentran sino en la expresada casa.

Si se desea dar ó conservar á las manos la blancura, la finura y la suavidad, que son una de sus bellezas, es necesario emplear cotidianamente el *jabon Sapoceti*, preparado con esperma de ballena, sustancia de las más eficaces. En seguida, y singularmente durante la estacion cálida, se emplearán pastas dulcificantes con miel; la *pasta de terciopelo* es preferible á todas, porque tambien conviene para el rostro; su ligero aroma es delicioso. La *Granadina* será empleada preferentemente por las personas que tienen una tendencia á engruesar demasiado, y cuya piel se arruga fácilmente: es un excelente tónico. Una precaucion elemental, para tener las manos bien cuidadas, es no dejarlas húmedas ni exponerlas á la lumbre, al viento fuerte ni al sol.

PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

¿Por qué ocuparnos tan á menudo de lo necesario á la elegancia de la mamá ó de la hermana mayor, y dejar á un lado las esbeltas niñas, á quienes el corsé presta tantos servicios? Importa, en efecto, y de un modo especial, que las niñas tengan un buen corsé, que complete, ó mejor dicho, que ayude la accion de la gimnástica.

¡Cuántas niñas vemos encorvadas ó con los omoplatos salientes! De todos los sistemas inventados para corregir esas defectuosidades, ninguno reúne las ventajas del *corsé-sosten* de la casa P. de Plument (33, rue Vivienne, Paris).

En lugar de comprar á vuestras niñas esos tirantes sin firmeza, que no las sostienen de modo alguno, pedid á Mr. de Plument su nuevo corsé. Un sistema de ballenas forma en la espalda una especie de coraza, que, sin causar á la niña ninguna incomodidad, ninguna molestia, la obliga á mantener el talle derecho, los hombros bien alineados y el pecho saliente.

MADAME LACHAPELLE, profesora en obstetricia, recibe todos los dias, de tres á cinco, en la calle de Mont-Thabor, 27, á las señoras enfermas, estériles ó encinta, que deseen consultarla.

PARIS. Corsets pour les modes actuelles.—M<sup>me</sup> de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.—E. COUDRAY, perfumista, 13, rue de Enghien. Todos estos perfumes, de cualquier clase que sean, como se hallan concentrados en un volumen reducido, exhalan aromas exquisitos, suaves, duraderos y de buen gusto.—Medalla de oro y cruz de la Legion de Honor en la Exposicion Universal de París. (Véase el anuncio en la cubierta.)





334

Paris. Aug. & Sordani & Co. Imp. (Rue de la Harpe, N.º 1687)

Nº 1687<sup>p</sup>

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12.ª pral

M A D R I D

Perfumeria de lujo, Guerlain, 15.ª r. de la Paix, Paris.

Corset Anne d'Autriche & Ceinture Régente de M.<sup>mes</sup> de Verlus 12.ª r. Aubert, Paris.

  
PATRIMONIO DOCUMENTAL  
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA